

Derechos de autor: © Raquel Huete Iglesias, 2018
E-mail: info@raquelhuete.com

Ilustración de portada: © Raquel Huete Iglesias, 2018

Quedan rigurosamente prohibidas, bajo la sanción establecida en las leyes, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, y su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin la autorización escrita de los titulares del Copyright.

El nombre perfecto

Versión sin ilustrar

#2 Cuentos LGTBIQ+

Raquel Huete Iglesias



Mariona, o por lo menos así la llamaban todos, sospechaba hacía tiempo que su modo de ser no cuadraba exactamente con lo que sus padres esperaban de ella, aunque nunca se había atrevido a preguntárselo directamente.

No recordaba el momento preciso en el que se había dado cuenta. Lo único que sabía era que a ella nunca le había gustado llevar falda, ni vestir de rosa, ni pintarse las uñas. Tampoco le había atraído jugar con muñecas: ni peinarlas, ni vestirlas, ni mucho menos maquillarlas.

De hecho, siendo ella misma consciente de la incomodidad que causaba tener que llevar melena, una vez incluso les había cortado el pelo a todas para librarles de tan pesada carga. Aquella iniciativa le había comportado una reprimenda en casa, pero nadie se había molestado en preguntarle por qué lo había hecho.

Mejor. En aquella época habría tenido incluso menos posibilidades que ahora de ganar una batalla dialéctica. Pero siempre supo que algún día tendría que encontrar el valor para

entablar aquella conversación pendiente. Y hoy por fin había llegado el momento.

Tras varias noches dándole vueltas al tema, había ideado una forma de revelar a su madre su gran secreto. Pero no iría directamente al grano porque su madre tenía la piel demasiado fina para todo lo que se saliera un poco de lo establecido. Mejor daría un poco de rodeo para allanar antes el camino.

La miró de reojo. Hasta el momento se había dedicado a limpiar el pollo de la cocina pasando el trapo gentilmente por su superficie, pero ahora lo agitaba con la misma vehemencia con que trataría de apagar un fuego. A Mariona le costaba entender por qué se había enfadado tanto pero quería pensar que, si supiera lo que le había costado reunir las agallas para formularle aquella pregunta, no se comportaría de este modo.

—Dime, ¿por qué no puedo cambiármelo? —insistió Mariona, en tono suplicante, mientras se retorció los dedos de las manos que llevaba escondidas tras la espalda. La escasa determinación que había conseguido aglutinar empezó a disiparse en cuanto su

madre se giró hacia ella fulminándola con la mirada.

–Pues porque estas cosas son muy serias –alegó en un tono que no pretendía dar lugar a réplicas–. Si es que a los niños se os meten unas tonterías en la cabeza... Ya me dirás tú para qué quieres cambiarte de nombre ahora.

–Es que no me gusta... –admitió la chica, aunque con mucho tacto. No quería que se enojara demasiado.

–Pues si no te gusta, te aguantas. Si te llamaras Fulgencia, como yo, podría llegar a entenderlo. Y aun así, porque ¿tú me ves que yo vaya por ahí diciendo que me quiero cambiar de nombre? ¡No! ¿Cómo le iba a hacer yo ese feo tan grande a mi propia madre?

–No es lo mismo... –se quejó sin demasiado ímpetu ante la arbitrariedad de aquel argumento.

–¡Anda, la niña! ¿Y por qué no va a ser lo mismo, si se puede saber?

–Porque una cosa es que no te guste tu nombre y otra

muy diferente, que te amargue la vida. –Incluso a ella misma le sorprendió la contundencia de aquella revelación. Sobre todo teniendo en cuenta que el tono de su madre iba subiendo por momentos.

–¡Pero bueno! –exclamó la madre mientras se acercaba a ella con los brazos en jarra. Tenía la clara intención de reprocharle su insolencia pero, al ver que se le empezaban a empañar los ojos, cambió de parecer en el último momento –. A ver, hija... ¿Cómo te lo explico yo, para que lo entiendas?

–Es que... mamá, el nombre que me habéis puesto no... no me representa... –insistió, con una tozudez inusitada.

–¿Y tú qué vas a saber de esas cosas? ¿No ves que eres demasiado niña? –alegó volviendo a subir el tono peligrosamente. Parecía realmente indignada.

–No soy una niña...

Mariona luchó durante unos segundos por terminar la frase manteniendo la compostura pero, en cuanto su primer

par de lágrimas asomó victorioso, se dio cuenta de que ya había perdido la batalla. Su madre, angustiada por la naturaleza de la situación y sin saber muy bien cómo reaccionar, le enjugó las lágrimas y luego le frotó el pelo con cierta ternura.

—Ya sabes lo que siempre te digo, ¿no? ¿Qué es lo que siempre te digo, cariño mío? Dímelo tú, anda.

—Que más vale malo conocido que bueno por conocer... —respondió la chica mecánicamente mientras fijaba la mirada en las chanclas de natación que llevaba puestas.

—Exacto. ¿Y eso qué significa?

—Que a veces uno tiene que sacrificarse para evitar un mal mayor... —Su madre se las había comprado dos tallas más grandes para que le duraran más, de modo que los dedos del pie solían ir barriendo el suelo de toda la casa.

—¿Ves como lo sabes perfectamente?

Mariona miró a su madre con escepticismo: estaba claro

que aquella mujer ni la entendía, ni la entendería nunca. Qué tontería haber tenido la esperanza de allanar un poco el camino antes de abrirle su corazón.

—Da igual, déjalo —le respondió, desilusionada. Las lágrimas dejaron de brotarle en el acto.

—Anda, sí, no me hagas enfadar más, que todavía me queda mucho por hacer y estoy que me caigo de sueño. Tú métete en la cama y ya verás como te sientes mucho mejor mañana cuando te levantes. Mira, si te despiertas pronto puedes acompañarme al mercado y todo. Los domingos siempre traen cómics nuevos, a ver si ves alguno de esos tan raros que te gustan a ti...

La madre le dio un beso en la frente y se giró para continuar con su tarea doméstica. Volvía a mover el trapo con dulzura e incluso acompasaba el movimiento con una gentil inclinación de cabeza a lado y lado, como si estuviera bailando al son de la tela.

Mariona, por su parte, se volvió a su cuarto y se metió directa a la cama. Ya a oscuras, cuando se puso a imaginar

que observaba el techo mientras sus pupilas terminaban de acostumbrarse a la negrura de la estancia, la embriagó una sensación de frustración. Hablar con su madre no había sido una buena idea.

Dejó escapar un resoplido y se incorporó para encender la luz de la mesita de noche. Estando tan disgustada no le iba a ser fácil conciliar el sueño así que cogió uno de sus cómics preferidos y se puso a leer un rato. Nada mejor que una aventura de caballeros medievales para olvidar el mal trago. Al cabo de poco, ya se había tranquilizado bastante e incluso resignado a cambiar de opinión. A veces era necesario sacrificarse para evitar un mal mayor, ¿no?

Devolvió el cómic a su sitio y dio un buen trago del vaso de agua que siempre dejaba sobre la mesita de noche antes de acostarse. Luego dio varias vueltas en la cama hasta que finalmente cayó rendida.

—Mirad, este es un clarísimo caso de DAI —oyó al rato. Era una voz grave que sonaba justo encima de ella—. Suele ser

más frecuente entre los mayores, pero en determinados casos también se puede dar en los jóvenes o incluso en los niños. ¿Veis como ya se le ha empezado a poner morado en algunas zonas?

–¡Anda, es verdad! –exclamó una vocecita infantil que se alzaba entre otros murmullos igual de jovenzuelos.

–¿Dónde? –preguntó la voz de una chiquilla–. Yo no lo veo, profesor...

–Ahí hay una mancha bastante grande, ¿lo ves? –explicó la primera voz, que al parecer pertenecía al único adulto de aquel grupo, el profesor–. Fijate en toda la parte superior, sobretodo. Ahí es donde suele iniciarse el proceso de putrefacción.

A Mariona le irritó oír aquella palabra: “putrefacción”. Pensó que debía estar soñando porque recordaba haberse ido a dormir hacía un rato y estaba segura de que todavía seguía con los ojos cerrados. Además, no tenía la sensación de que se hubiera hecho de día.

Sin embargo, aquella conversación tan insólita entre esos

niños y aquel profesor resonaba en su cabeza como si fuera real, así que se preguntó por qué no veía nada a su alrededor si realmente se encontraba inmersa en un sueño. La verdad es que estaba hecha un mar de dudas.

–Activad otra vez vuestros Receptores de Vibraciones Neurocardíacas –ordenó el profesor–. Vamos a escuchar lo que tenga que decir cada una de las partes y así os daréis cuenta de dónde está el problema.

Mariona oyó que todos se quedaban en silencio. ¿Qué iban a hacer ahora? Aquel sueño era demasiado extraño... De pronto, sintió una especie de calor en el pecho y en la frente y se asustó. Era una sensación tan realista...

–¡Aja! ¿Lo habéis oído? ¿Os habéis dado cuenta de los puntos en los que se contradicen?

–¡Sí! –exclamó la voz de un niño–. La verdad es que parece un tema bastante complicado...

–Y encima dicen que llevan así toda la vida...

–Por eso el proceso de putrefacción ha empezado a una edad tan temprana –repuso el profesor. A Mariona volvieron a chirriarle los oídos con aquella palabra tan malsonante.

–Pues vaya fastidio, profe... –se quejó otra voz.

–La verdad, yo creo que es realmente imposible que se pongan de acuerdo en este tema.

–Te equivocas –corrigió el profesor–, no hay ningún tema imposible de resolver. Esa es la razón por la que nuestra población está mucho más sana que la de los seres humanos, ¿no es así? Porque hemos aprendido que todo tiene una solución. –¿Que qué? ¿Qué quería decir lo de que "nuestra población está mucho más sana que la de los seres humanos"? ¿Acaso aquellas voces no pertenecían a seres humanos? A Mariona le entró el deseo apremiante de despertar, por lo que trató de abrir los ojos de inmediato. Pero por más que lo intentaba, parecía que no tenían la menor intención de obedecer sus órdenes. ¿Qué estaba ocurriendo?–. A ver quién me sabe responder a esta pregunta –continuó la voz del profesor–: ya sabemos que lo

ideal es que ambas partes se pongan de acuerdo pero en caso de conflicto, ¿quién tendrá siempre preferencia?

–¡El corazón! –gritaron los niños al unísono.

A Mariona le dio la impresión de que hablaban de ella, de su corazón, y le entró el pánico. Tenía que despertar como fuera.

–¿Y por qué?

–¡Porque es el motor de todo ser viviente! –volvieron a exclamar al mismo tiempo.

–Perfecto. Vamos a por el siguiente caso, entonces –resolvió el profesor.

En cuanto Mariona dejó de notar la onda de calor sobre ella, logró calmarse un poco. Sin embargo, seguía sintiéndose atrapada en una especie de sueño chiflado o de realidad contenida en alguna dimensión de su subconsciente. ¿Quién era aquella gente que alegaba no ser humana y que se había metido en su cuarto? ¿Qué querían de ella? ¿Y, si aquello era un sueño, por qué no lograba despertar de una vez?

“Abre los ojos, abre los ojos. Vamos, ¡abre los ojos ahora mismo!”, se suplicó a sí misma. Y de repente, la plegaria por fin surtió efecto.

Lo primero que vio fue mucha luz: un cielo níveo resplandeciente, un suelo marmóreo igual de claro y reluciente, y una hilera infinita de camas envuelta en la pulcritud de ambos. Tanta luz hacía que le dolieran los ojos.

Tras frotárselos un poco, se fijó un poco más en aquellas camas. En cada una yacía una persona durmiendo. “Pero, ¿qué es esto? ¿Dónde estoy?”, se preguntó al darse cuenta de que, definitivamente, no se encontraba en su cuarto. Parecía más bien una especie de hospital sin techo que estuviera suspendido en algún lugar muy elevado; solo que aquí las camas no eran todas iguales como habría ocurrido en un hospital. La suya, por ejemplo, tenía exactamente el mismo aspecto que en el mundo real.

—El caso de este otro joven humano es bastante menos severo —continuó la voz del profesor, que ahora sonaba a su

derecha-. ¿Veis como su corazón apenas está morado? Esto es lo más usual a su edad aunque, por lógica, lo aconsejable sería que estuviera completamente sano.

Lo que vio Mariona al observar el cerco que rodeaba la siguiente cama la amedrentó un poco. Se trataba de un grupo de gorilas extrañamente ataviados con batas blancas, de cuyas mangas y pecheras asomaban matas de pelaje espeso y ensortijado. La imagen era ciertamente esperpéntica.

El mayor, tan grande y temible como los que había visto en algunas películas de acción, era el profesor al que había estado oyendo todo aquel rato. Llevaba un bigote muy extraño, formado por cuatro pelos que se enrollaban en tirabuzones sobre su labio superior, y un sombrero de cowboy en cuero marrón.

Los más jóvenes tenían una apariencia menos estrambótica. Se adivinaba que debajo de sus batas vestían con un atuendo similar al que llevaría cualquier joven de su edad en la vida real: camisetas combinadas con tejanos, faldas o bermudas. En su

mayoría calzaban zapatillas deportivas y llevaban diversos accesorios en la cabeza, como diademas o gorras.

Por increíble que pareciera, aquellos animales eran capaces de mantenerse igual de erguidos que las personas e incluso de comunicarse entre ellos con la misma claridad y elocuencia. En la mano sostenían un tubo finísimo que debía de funcionar como una especie de lupa o microscopio porque apuntaban con él sobre el pecho de una chica como si trataran de analizar algo que se encontrara en su interior.

—¿Entonces en este caso el conflicto no es tan grave, profesor? —preguntó uno de aquellos niños gorila que, al igual que el resto del grupo, no se había dado cuenta de que Mariona les estaba observando.

—Probablemente, pero solo hay una forma de saberlo del cierto... Activad los Receptores de Vibraciones Neurocardíacas.

Los gorilas soltaron el afilado tubo, que quedó pendiéndoles del cuello por un cordón, y se llevaron una mano al punto en que se unían sus dos clavículas para golpear ligeramente sobre él

con los dedos índice y corazón.

Inmediatamente surgían de allí dos haces de luz color azul que se posaban respectivamente sobre el pecho y la frente de aquella chica. Mariona se asustó al entender que el calor que había sentido sobre ella hacía unos instantes probablemente se debía a aquellas luces azules y dejó escapar un sonido de espanto.

El grupo de gorilas no tardó ni un segundo en girarse al completo. Mariona, que estaba realmente atemorizada, se tapó con la sábana convenciéndose a sí misma de que aquel trozo de tela crearía un escudo protector milagroso capaz de guarecerla ante cualquier enemigo.

—¡Se ha despertado uno de los chicos humanos! —oyó que exclamaban varios de los gorilas jóvenes.

—¡Vaya! —protestó el profesor—. Bueno, no importa. Mañana seguro que no se acuerda de nada.

—¿Podemos hablar con él, profe?